

do la consabida blanca sonrisa gardeliana, se continúa alimentando las oscuridades de una leyenda. Creemos vano el pontificar verdades objetivas, pues el propio Carlos Gardel se encargó de escamotearlas. Dueño de una peculiar intuición acerca del mito que poco a poco iba encarnando, fue mezclando la baraja, alumbrando y ocultando claves. Es posible que supiera de su creciente leyenda intemporal, incluso más de lo sospechado por muchos de sus biógrafos. Con el pretexto de objetivarlo, congelarlo en la «palabra escrita» se le adjudicaron rocambolescos orígenes nacionales, le hicieron «macró» y «gigoló», cantante de partidos políticos que subrepticamente le habrían sostenido, y sabueso de la fama. Ante la proliferante confusión sembrada por numerosos biógrafos cabe preguntarse todavía cuál es la «verdad» de su vida, cuáles los datos «fidedignos». Al final no faltan recursos, reservas «emocionales» que nos devuelvan siempre a la voz y otra vez... a la leyenda. Carlos Gardel, desde la luna del disco y desde su enigmática sonrisa, aún sobrevuela en intacta perseverancia. Y a todas luces, su figura vaticina mítica intemporalidad.

Descubre muchos rasgos de su personalidad la observación de la sociedad cuyos personajes encarnaba en su canto: esa manera de exposición dramática, esa «breve pequeña ópera» que es el tango. Una sociedad que no tenía antigüedad alguna a la cual atarse; soportaba el vértigo del devenir transformador —para bien y para mal— inventando sobre la marcha la tradición necesaria. Gran parte de sus componentes aluvionales se vieron obligados a hundir el pasado en el mar, sus lenguas, y hasta sus mismos apellidos castellanizados a la intemperie. El hombre y la mujer eran por sus obras —las propias—, y poco o nada por las de los antepasados que portaban. ¿Raro había de ser que Carlos Gardel se valiera del escándalo respecto a señalables orígenes? ¿Raro que se dijera uruguayo, francés o argentino? Durante varios años una tesis pergeñada por Erasmo Silva Cabrera, que firmaba «Avlis» (notorio revés de Silva), adjudicaba a Carlos Gardel el nacimiento en Tacuarembó, Uruguay. Según «Avlis», había sido hijo del coronel Carlos Escayola —cacique político y reconocido mujeriego— en naturales amores con Manuela Bentos de Mora. El poderoso coronel Escayola valiéndose de sus tratos con la «Compañía Francesa de Oro del Uruguay» habría mediado para que una emigrante francesa con un hijo natural, doña Berta Gardés, adoptara a su también ilegítimo, mayor nueve años que el francesito. Según esta teoría, Carlos Gardel, cantante, después de muchos años de haber sido hermano del hijo verdadero de Berta Gardés, por la muerte de éste, ocurrida a principios de la década del 20, habría pasado a ser el hijo único, fundiéndose con el otro, con el muerto. Berta Gardés de madre verdadera de un hijo y postiza del hijo de Manuela Bentos de Mora y de Carlos Escayola, habría pasado a madre única del hijo único, Carlos Gardel. Ruidoso revuelo de supuestas pistas y especulaciones levantó el teorema de «Avlis». En 1987, Jacobo A. de Diego, en un artículo en el suplemento de «Tango y Lunfardo» del diario *La Campaña* (Chivilcoy, Argentina), dio por tierra con esta teoría afirmando que la —entre otras— ciudadanía uruguaya de Carlos Gardel fue otorgada por el jefe de la policía de Tacuarembó (Uruguay) en 1914, a pedido del empresario teatral Santiago Fontanilla que la solicitó para trasladar a Carlos Gardel a una actuación en Río de Janeiro. El trámite, por otra parte nada inusual en aquel entonces en el Río de la Plata, se debió a que por la guerra del 14 resultaba peligroso viajar con ciudadanos extranje-

ros (francés e italiano para el caso de Gardel y de otro integrante del elenco), ante una posible requisita que pudiera hacer cualquier barco alemán.

Tales argumentos parecen tranquilizar las sospechas, devolviéndonos al acta de nacimiento de Charles Romuald Gardés, labrada en Toulouse el once de diciembre de 1890.

En el año 1970, el periodista Luis Ángel Formento descubrió otra razón para prestidigitaciones documentales con la nacionalidad. Carlos Gardel, al ser ciudadano francés, estaba obligado a servir en el ejército durante la primera guerra mundial. De ahí que por las mismas fechas pasara Charles Romuald Gardés a llamarse Carlos Gardel. Portó durante años carnet de identidad argentino, donde el funcionario policial amigo le asentó como nacido en Avellaneda, Buenos Aires, el once de diciembre de 1890. Parece que más tarde, ya famoso con el nombre de Carlos Gardel, perdió aquel carnet de identidad de conveniencia, y ante el nuevo problema consiguió otro donde figuraba como ciudadano argentino por adopción, nacido en Tacuarembó, Uruguay, el once de diciembre, pero tres años antes que en Toulouse, en 1887. El certificado no era un acta de nacimiento sino una fe de nacimiento extendida por el Cónsul General del Uruguay en Argentina.

Ciertamente los juegos de espejos con su identidad nacional sirvieron a las chanzas y «cachadas» gardelianas. Ante las insidiosas preguntas al respecto contestó: «Nací en Buenos Aires... a los dos años y medio de edad». Por otra parte, en diversas ocasiones celebró curiosos cumpleaños que le endilgaban varios años más que los tuviera según el acta de nacimiento fechada el once de diciembre de 1890.

Lo cierto es que si somos paisanos de algún país o paisaje geográfico y urbano, Gardel lo es del Río de la Plata. El refrán popular, todavía más concluyente, dice que «uno no es de donde nace, sino de donde paca». Carlos Gardel, argentino, porteño, rioplatense nacido en Toulouse, tierra de trovadores, y fallecido en Medellín, Colombia, país amante del tango, el veinticuatro de junio de 1935.

Durante los siglos XVIII y XIX, sobre un pie musical heredado de Andalucía, se cantaba improvisando a contrapunto. Con la antedicha paulatina fijación de composiciones se abrieron nuevas perspectivas a comienzos de siglo para la canción criolla. Empezó a institucionalizarse, en lugar del contrapunto, el cantar a dúo, con sus variantes en terceto y cuarteto. Carlos Gardel se convirtió en beneficiario de tal modalidad. Su fama se extendía primero en el barrio del Abasto y amenazaba extenderse —por calidad— hacia otros recintos. Debía probar para ello cualidades con otros cantantes en parecidas condiciones. Fue en una casa de la calle Guardia Vieja, ante un tribunal de unas treinta personas, donde se midió con José Razzano, llamado «El Oriental» por provenir del oriente inmediato a Buenos Aires, Uruguay. Aquel encuentro, que se planteó como torneo, acabó siendo el comienzo de un dúo en 1911, mantenido en una extensa discografía (iniciada en 1917) con repertorio casi exclusivo de canciones criollas hasta el año 1925.

Fue un período bastante largo y público en gran parte, como para que nuestro personaje, Carlos Gardel, definiera importantes trazas de su vida. Y para que se abrieran los cauces por donde correrá su leyenda. Si bien el tango había definido abiertamente su perfil musical y la fuerza dionisiaca que hizo bailar esa genuina, inédita tradición popular surgida de la mezcla, no existía aún como canción. Aunque los músicos del tango sí compar-